

El cine y la presidencia Clinton: el líder resolutivo como icono simbólico y la crisis del poder político;

José J. Sanmartín (UA).

Palabras clave: Cine. Presidencia. Estados Unidos. Política. Simbolismo.

Resumen: Este trabajo aborda las influencias mutuas que se dan entre cine y política en Estados Unidos, centrándose el análisis en la representación del Presidente como icono simbólico del país y del sistema político.

Texto de la Comunicación:

La imaginería cinematográfica realizada durante la Administración Clinton retrató con más soltura que convicción la figura del Presidente. Éste aparece como icono simbólico del país y del Estado, del patriotismo y de la política; un universo de ideas, valores y creencias. Pero también de emociones, sentimientos y prejuicios, algunos tan irracionales como reales. El manejo de semejante conjunto de elementos requiere de una demostrada capacidad de implicación personal; dicho de otra manera: por lo general, las escenas en las que aparece el Presidente directamente suelen recargarse con atributos típicos de protocolo institucional y/o sentimental. El mito presidencial encarnado por la figura totémica del malogrado John Fitzgerald Kennedy fue un referente claro para Clinton, ya en su etapa como gobernador de Arkansas. Mensajes de fuerte contenido simbólico, búsqueda de la juventud como fuente de energía para el país, la idea de regeneración democrática, la afirmación de la meritocracia, la solidaridad interclasista como herramienta de cohesión social y nacional, la lucha por los derechos de los menos favorecidos para consolidar una democracia completa, sin excluidos ni privilegiados... Elementos todos ellos que integran la mitología reformista del liberalismo kennedyano; herencia asumida -aun de forma irregular- por el gobernador Clinton, que desarrolló luego en la Casa Blanca. Además de valorar la influencia de este universo de valores, ora emulgentes, ora contradictorios, varias películas realizadas bajo el halo mágico que proporcionaba la idea de que la Administración Clinton era, de hecho, la continuación de aquel reinado de Camelot, abruptamente interrumpido en 1963.

“The President and Miss Wade” (1995) es una recreación romántica de un sueño vaporoso, donde se revive el cuento de hadas del príncipe y la doncella. La figura presidencial manifiesta un empaque, no exento de cierto engolamiento, que sólo su integridad moral logra salvar de la crisis (política, humana). Claramente, este filme ofrece más lo que el pueblo estadounidense espera de sus máximos mandatarios que lo que estos, por lo general, parecen dispuestos a ofrecerle. Las propuestas del Presidente Andrew Shepherd son reformistas, atractivas y beneficiosas para el conjunto del país. Su oponente, Bob Rumson, un reconcomido líder conservador, expresa amargura personal y una antipatía frontal hacia el Presidente, en cuanto éste tiene lo que a él le falta; casi todo. El bien y el mal.

El ejercicio de maniqueísmo que ofrece esta película es burdamente infantil. Tanto, que el director parece haber caído bajo el embrujo del mito progresista. ¿La imagen hace el contenido? En absoluto. Que tengamos en la Casa Blanca a un líder de corte moderno, socialmente avanzado, políticamente innovador. Como pocas películas, “The President and Miss Wade” refleja la influencia de la política sobre el arte, o la industria del cine. Y esto se realiza de la manera más funesta posible: por embelesamiento del director, Rob Reiner, de los productores y de su equipo, convencidos como estaban de que esa debía ser la “realidad” a construir, a transmitir; porque era lo que la “realidad” que necesitaban creer en aquel momento, de aquel lugar, y así lo retrataron.

Esta obra expresa la habilidad del Presidente Clinton para situarse como referencia simbólica de numerosos compatriotas, para explotar los sentimientos y las emociones más arraigados en el seno del pueblo estadounidense. Su sentido de la oportunidad, dotó a Clinton de una herramienta básica para alcanzar el poder, y mantenerse durante dos mandatos -con éxitos y alguna turbulencia- en la primera magistratura del Estado. Clinton actuaba cómo se esperaba en el imaginario popular -según una patrón romántico, idealista y positivo que expone al Presidente como un “Rey ciudadano” capaz de las mayores

bondades-. Su olfato político acertó a la hora de solaparse y vestirse con los ropajes de esa figura heredada –y, al menos, hasta ahora prácticamente irreal-.

En una película precursora como "JFK" (1991), dirigida por Oliver Stone, el diseño del mito Kennedy como icono simbólico del país queda asentado de forma clara. El odio indisimulado de numerosos personajes contra el Presidente Kennedy representa una corriente de pensamiento ultraconservador que latía en el corazón de una parte minoritaria del país. El cainismo como latido mortal de un cuerpo político que se niega a perder poder. "JFK" es una elegía a un rey difunto; la larga procesión fúnebre de una nación que seguirá huérfana en tanto no descubra la verdad del magnicidio. La teoría de la conspiración que sustenta Stone en su brillante exposición visual del caso surca un camino trufado de incógnitas y sospechas –desde aquel día de noviembre en 1963- para la sociedad estadounidense. Sin embargo, el director imprime un giro contrafactual a la historia cuando plantea qué hubiera sido del país si Kennedy no hubiese muerto. El fiscal Garrison es un ciudadano de una democracia que vive obsesionado por recuperar la vida que le han robado –a él y a la nación. En ese sentido, la figura del Presidente aparece como una sombra permanente en el metraje; se trata de la misma imagen del sacrificio. La causa de la libertad a expensas de los verdugos de la vida. ¿Puede un Estado de Derecho sobrevivir intacto a semejante ignominia?

En "Thirteen Days" (2000) el Presidente Kennedy aparece como un hombre escindido entre sus convicciones personales y el servicio a su patria. Aun de forma harto tímida, aquí podemos ver algunas interioridades de la alta política, gracias –entre otras obras- al ensayo del mismo título escrito por Robert Kennedy poco antes morir asesinado en 1968. En su narración posterior de la crisis de los misiles en Cuba, aquellos días de octubre de 1962, el entonces Secretario de Justicia omitió información y hechos relevantes por razón de Estado; sin embargo, resulta perceptible –una generación después de publicado el libro original- el esfuerzo de realismo que se desea conferir a esta película dirigida por el australiano Roger Donaldson. El Presidente aparece como un dirigente honrado pero abrumado no tanto por el peso del poder –que ejerce de forma resuelta en los momentos de mayor tensión-, sino por la responsabilidad moral que comporta adoptar decisiones. De manera ocasional, podemos constatar en el cine la dificultad que entraña la toma de una opción, y el descarte de otras. ¿Y si nos equivocamos? ¿la guerra? ¿la muerte, la destrucción? La política también es moralidad. Y este silogismo ético debería reducir drásticamente el elenco de pretendientes a las posiciones de poder en el mundo.

Así, en la película "Nixon" (1995), dirigida por Oliver Stone, el espectador, la sociedad, pueden contemplar el espectáculo grandioso y terrible, a un tiempo, de la ascensión y caída de un Presidente; el periplo vital de un hombre sencillo y ambicioso que conquista a golpe de impulso e intuición lo que la vida le niega por falta de recursos financieros o cuna aristocrática. El protagonista carece de los atributos que establecen una vida volcada a la excelencia y el éxito: una educación esmerada, una carrera profesional brillante, una juventud de lujo. En su desarrollo personal y profesional no existe Harvard, Yale o los elementos que marcan la pertenencia a una elite. Nixon manifiesta la voluntad del humilde por hacerse grande, a sí mismo y a los que le rodean. Lo que le hizo llegar a la Casa Blanca también lo desea para su país. Esfuerzo, trabajo, sacrificio, perseverancia. Valores de honda raigambre religiosa y de acendrado culto entre las clases medias de las que Nixon procede. Y la corrupción como ejemplo final del derrumbe del marido y padre, de la crisis del sistema político y de la desorientación de una sociedad. Por eso también esta es la historia de una vocación política, trufada de decepción e impulsada por un cruel complejo de inferioridad. Nixon se enfrentó a un país, pero también a sí mismo.

En esta película, los pasillos del poder manifiestan los estados de ánimo de quienes los transitan. Oscuridad, opacidad o, raramente, felicidad. Los tiempos de la vida como reflejo de los espacios de la política. Una existencia, la de Nixon, la de Estados Unidos, plagada de altibajos, donde el poder se convierte en trasunto del bienestar. El filme transmite una visión introspectiva del ejercicio del gobierno. Desde los momentos de gloria hasta los de abyección moral. La resurrección política de Nixon tras su derrota en 1960 fue un modelo de tesón y esfuerzo; su larga agonía, acelerada con el escándalo Watergate, permite ver a un Presidente débil, extremadamente voluble, que psicológicamente regresa al seno materno para encontrar el consuelo que le falta en el momento presente. Las referencias a su padre, el recuerdo imborrable de su madre, su hermano devorado por una enfermedad que permitió al joven Dick poder acceder a la universidad... Tiempos de adversidad económica, pero también de integridad moral, de fortaleza interior, de honradez y trabajo. Tiempos, en definitiva, de otra América, de otro mundo.

Para Nixon, "cada trabajo cuenta". Por ello, cada derrota, cada fracaso, cada decepción, no es

más que un nuevo principio, un nuevo comienzo. La mezcla de tiempos, de pasado y presente, aparece como un mecanismo muy logrado para transmitir la fragilidad –y la irascibilidad- del personaje principal. Lo importante es luchar, no ganar -afirma su padre-. Su padre, un hombre que nunca se rindió; un hombre que nunca ganó.

Una película tan comercial como “Clear and Present Danger” (1994), paradójicamente, ofrece una visión más realista del funcionamiento de la alta política. El Presidente actúa por puro egoísmo contra los cárteles de la droga porque un buen amigo suyo, junto a su familia, han sido asesinados en un previsible ajuste de cuentas; sin embargo, el Presidente Bennett muestra una fría insensibilidad ante las molestias que el jefe de Ryan sufre como síntoma premonitorio de una afección mortal. El terrorismo de Estado que se practica a instancia presidencial se ejecuta, en base a insinuaciones enteras y verdades a medias, por una cadena de lacayos del poder de tal forma que la primeras líneas nunca puedan verse afectadas. Ryan, el directivo de la CIA, encarna aquí las cualidades que –en la tradición utópica americana- se asignan a la figura del Presidente heroico.

El Presidente que traza el guión pergeñado por el novelista Tom Clancy y el cineasta John Milius es un mandatario políticamente cínico; un gran manipulador de voluntades y sentimientos. Un estafador moral, en definitiva. Y, por ello mismo, Bennett aparece como un político particularmente interesado por mantener una imagen de respetabilidad. En ese mundo de encargos criminales indirectos, de ordenes veladas y de flagrante corrupción ética, la integridad de Ryan colisiona con la subcultura de impunidad ante la ley. Este héroe norteamericano cometió el error de ingenuidad, consistente en transferir sus propias cualidades y convicciones morales a los que ha erigido en ídolos de su democracia. El desengaño de Ryan tiene su colofón en el vibrante duelo final con un Presidente al que antes había admirado. El director Philip Noyce recoge con sagaz contención el juego de poder que despliega el Presidente para atrapar al díscolo funcionario que es Ryan; un prodigio de manipulación y presión, a un tiempo, sobre una persona que por su moralidad en el trabajo resulta incontrolable y, por tanto, es políticamente subversiva para la trama de corrupción que anida en el poder presidencial de Bennett. Esta película plantea un conflicto ético a Ryan que solo la cruda realidad puede disipar: ¿qué hacer cuándo descubrimos que nuestros superiores, incluido el Presidente al que tanto había admirado? ¿transigir por interés material aun viviendo en el deshonor? ¿actuar de forma coherente con los principios y los valores en los que toda persona honrada cree y debe practicar? Ryan resuelve la disyuntiva, que no lo es, de forma clara cuando comprende que la lealtad se debe a las personas que realizan buenas acciones, mientras las realizan, y no a individuos de manera gregaria e incondicional. Éstos pueden degenerar o corromperse, pero los hechos positivos permanecen. En teoría, la vigencia del contrato natural que sostiene la democracia provee de legitimidad a los líderes cuya gestión sea especialmente provechosa para la comunidad.

El gobernador Stanton, personaje protagonista de “Primary Colors” (1998), de Mike Nichols, representa ya una fase más madura del icono Clinton en una Casa Blanca sacudida por el caso Lewinsky. Stanton es un cínico por naturaleza, mentiroso compulsivo, además de infiel a su esposa y torticero con todos, pero también es simpático, divertido, humano y tremendamente sensible -atento, oportunista- cuando se interesa por los problemas ajenos. Stanton sabe escuchar; atiende, comprende y conecta inmediatamente su discurso oficial con el auditorio. Con instinto político, cuida sobremanera las relaciones con sus potenciales electores y difunde una imagen pública centrada en la resolución de conflictos y problemas; la aportación de soluciones como contribución distintiva. El retrato negativo de Clinton resulta evidente, como también la capacidad que tiene para revertir a su favor la sinergia de una reunión, un mitín e, incluso, una discusión. Sus raptos de ira le muestran como una persona voluble que necesita una burbuja de protección a su alrededor. Nada que ver con el mito kennedyano, ni con un nuevo Camelot. Un personaje histriónico y caprichoso, que carece de sentido de la disciplina pero que se transmuta en un titán cuando defiende una causa en la que cree, o de la que cree que obtendrá resultados. El mito del buen rey ha muerto.